



## Desde el Principio

Joe Miró Julià

Coordinador de Aenui

Hay algunas experiencias que te marcan. Una de ellas me ocurrió hace unos 10 años. Formé parte de un programa piloto para impartir primero de matemáticas usando los nuevos métodos de “Bologna”. Y aquí me encontré por primera vez con los cronogramas. Nos dieron quince hojas de papel, una por semana, con parrillas de lunes a viernes y de 8:00 a no me acuerdo qué hora, y nos pidieron que lo rellenáramos, introduciendo específicamente las actividades que queríamos que hicieran los alumnos cada semana. Además, estas actividades debían de concordar con las actividades, métodos, evaluaciones, etc. que estaban establecidos en las guías docentes que habíamos rellenado. Todo parecía un gran avance. Recordad que en aquellos días nis siquiera nos planteábamos qué actividades debía realizar el alumno ni cuánto le debía dedicar a cada una. Una buena idea... hasta que te ponías a rellenar las parrillas. Porque no nos pedían sólo cuántas horas debían trabajar los alumnos y en qué, sino en qué momento debían hacerlo. Era ridículo, pero eran los papeles que había que rellenar. Recuerdo lo estúpido que me parecía tener que establecer que los alumnos de mi curso se tenían que reunir el jueves 13 de noviembre a las 15:00 horas en grupos de 3 durante 45 minutos para trabajar los problemas de la semana. Esta parte es una anécdota entre ridícula y divertida y nada más: rápidamente todos nos dimos cuenta que los cronogramas no debían hacerse así. Lo grave vino después.

Una vez rellenados los cronogramas los entregamos al jefe de estudios que los compiló e introdujo los datos en una hoja de cálculo. Como este era uno del puñado de programas pilotos de la universidad, los pasó al vicerrector de ordenación académica, para su análisis. Y a los pocos días me llegó la llamada telefónica. Resulta que en la semana 14 nos habíamos pasado de tiempo y “sobraban” 45 minutos. Me pedían si podía pasar 20 minutos de tiempo de estudio de la semana 14 a la semana 12. No importa cuánto expliqué que pasarnos 45 minutos en una semana no era grave, que los alumnos debían poder absorber picos de trabajo tan modestos como este; o que todos los valores que habíamos indicado todos los profesores

eran aproximados ya que no sabíamos realmente cuánto iban a trabajar los alumnos y que además cada alumno era diferente; o que el hecho de pasar 20 minutos de estudio de una semana a otra no iba a cambiar la realidad del trabajo del alumno. Todo esto era igual: había un número en rojo en la hoja de cálculo y había que pasarlo a azul para que nos aceptaran los cronogramas.

Fue entonces que me dí cuenta que el objetivo de los cronogramas había cambiado: había pasado de «mejorar la docencia» a «cuadrar la Hoja Excel del Vicerrector (HEV)».

Poco después fui a dar una conferencia sobre el camino hacia el EEES. Y en ella estipulé por primera vez que uno de los peligros de nuestro camino al EEES era que estábamos creando una “Universidad de papel” en paralelo a la “Universidad real” y que ambas universidades estaban divergiendo. El esfuerzo que estábamos dedicando a la universidad de papel era excesivo y mal empleado y cabía el peligro que confundiéramos ambas universidades y que hiciéramos cosas para mejorar la de papel a costa de la real. Acabé diciendo que la burocracia nos estaba imponiendo un yugo y que era obligación nuestra (de los profesores) oponernos a llevarlo. En la conferencia había muchos directores y subdirectores de escuela y otros cargos y no me agradecieron mis palabras.



*Joe Miró Julià* es profesor titular del departamento de Matemáticas e Informática de la Universitat de les Illes Balears. Dirige el Grupo d'Investigació a l'Ensenyament de les Matemàtiques i l'Enginyeria (GIEME). Es uno de los autores de la *Guía del profesor novel (v. 1.0)* y de otros artículos de docencia. Recibió en 2011 el Premio AENUI a la Calidad e Innovación Docente. Desde el 2013 es el Coordinador de AENUI. Aparte de sus artículos imparte de forma regular seminarios y talleres para el profesorado universitario. Para más detalles envíele un correo electrónico a [joe.miro@uib.es](mailto:joe.miro@uib.es).

Pero creo que el tiempo me ha dado la razón. Es cierto que ciertas exageraciones —como el excesivamente detallado del cronograma del ejemplo— se han eliminado y en muchas cosas se ha impuesto el sentido común, pero la universidad de papel se ha asentado y la HEV se ha convertido equivocadamente en objetivo de muchos instrumentos y documentos que nos obligan a rellenar.

Un ejemplo de esto lo he tenido a finales del curso pasado cuando nos dieron instrucciones para rellenar las guías docentes. No nos dijeron nada de métodos docentes, temario y demás, pero hicieron enorme énfasis en algunos aspectos formales por los que nos habían estirado de las orejas en el informe de acreditación de la ANECA. Entre ellos:

- Debe aparecer una breve biografía del profesor
- No basta que aparezcan los nombres de las competencias (por ejemplo «Capacidad para redactar informes y documentos») sino debe estar precedida del código («T2»)
- Debe aparecer en qué curso y en qué cuatrimestre se imparte la asignatura.

¿El alumno se beneficia de esta información? Si demasiados ni siquiera se saben el nombre del profesor,<sup>1</sup> ¿se van a leer la biografía? ¿De qué les va a servir saber el título de mis tesis si ni siquiera saben qué es un doctor?<sup>2</sup> ¿El código de la competencia les va a decir más que su nombre? ¿Se van a leer acaso guías docentes sin plantearse de qué curso son? No. Estas indicaciones por las que nos han estirado las orejas no son de información que necesiten los alumnos, sino de información

que necesitan (o facilita la tarea) a los inspectores. El mal no es que debamos dedicar unos minutos a poner esta información, sino que desvían nuestra atención a donde no toca: ya no escribimos las guías docentes para los alumnos sino para la HEV.

Mientras escribía esta columna me vino a la memoria otro suceso de mi pasado. Cuando estudiaba el doctorado en UCLA pedí que me convalidaran una asignatura, que era esencialmente Teoría de Autómatas y Lenguajes Formales. Me bastaba un informe favorable de la profesora (la gran Sheila Greibach, [https://en.wikipedia.org/wiki/Sheila\\_Greibach](https://en.wikipedia.org/wiki/Sheila_Greibach)). No me pidió el plan de estudios, ni temarios ni nada de la universidad de papel, sino que se fue directamente a la universidad real: basó su informe en mis apuntes del curso.

La Universidad de papel es necesaria, pero nos hemos pasado. Y los esfuerzos que veo que se hacen están encaminados en cómo reforzarla y mejorarla. Ese no es el camino. Lo que necesitamos es reducirla y ponerla al servicio de la universidad real, la de los alumnos.



© 2016 J. Miró. Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional que permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra en cualquier medio, sólido o electrónico, siempre que se acrediten a los autores y fuentes originales y no se haga un uso comercial.

<sup>1</sup>«¿Me puedes decir dónde está el despacho del profesor de Álgebra de 1º?» «¿Cómo se llama?» «Ehh...» Es una conversación de pasillo que he tenido demasiadas veces.

<sup>2</sup>Eso si son capaces de entender qué significa el título.